

Momentos y tiempos del Dios del tiempo

Sal Terrae 93 (2005) 525-535

Enrique Sanz Giménez-Rico, SJ.

Director de *Sal Terrae*. Profesor de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas (Madrid).

Yo alabo la alegría, porque el único bien del hombre bajo el sol no es sino comer y beber y alegrarse; esto le acompañará en su trabajo durante los días de su vida que Dios le ha regalado bajo el sol.

No olvido todavía el encuentro casual que tuve hace poco tiempo con un buen amigo de la infancia en una bella ciudad castellana. Hacía muchos años que no nos veíamos y, sin embargo, nos bastaron poco más de cinco minutos para recordar épocas pasadas y para ponernos al día de acontecimientos más recientes. Él me habló de su familia, de su trabajo, de sus planes; yo le conté novedades de mi familia, a la que conoce desde hace años, y le hablé de mis ilusiones y proyectos actuales y futuros. Lo hice con la cita con que comienza este artículo, que le recité casi de memoria. Tras oírla, me señaló que era la primera vez que oía dichas palabras, y que, aunque le extrañaba que así fuera, suponía que, viniendo de mí, pertenecían a algún libro bíblico. Su extrañeza procedía –así me lo hizo saber- de su resistencia a creer que la Biblia contenga palabras que hablen de alegría, de comer y beber, de disfrutar. Por diversas circunstancias, en los últimos años de su vida había crecido en él un rechazo casi frontal contra todo lo que es y habla de Dios, a quien él concebía como un ser triste, perverso, e incluso despiadado.

Tras un momento de silencio, tomé de nuevo la palabra, y, con una sonrisa en mis labios, le cité unos pasajes del libro del Génesis que le eran de sobra conocidos. Inmediatamente después, repetí de nuevo la cita anterior, que pertenece al libro del Eclesiastés (Qohelet), haciendo especial hincapié en la última parte de la misma (*durante todos los días de su vida que Dios le ha regalado bajo el sol*). Percibió el énfasis realizado y el que también había hecho anteriormente al citarle algunos pasajes del primer libro de la Biblia, que mencionan referencias al tiempo en su totalidad y a momentos puntuales de la existencia. Me pidió que le explicara mejor lo que le recitaba; pero por falta de tiempo (yo tenía una cita a la que me era difícil no asistir) no lo pude hacer. Le prometí, sin embargo, que lo pondría por escrito y que se lo enviaría más adelante, para que, sin la prisa con la que yo le abandonaba, pudiera acercarse a unos textos que no hablan de un Dios ni triste ni perverso, sino que hablan de un Dios –ésta es la tesis principal de este artículo, que dedico con sumo gusto a mi amigo de la infancia- que se muestra en un *tiempo eterno* y en unos *momentos puntuales* como un Dios que concede al ser humano *riquezas, tesoros, gozo en el trabajo y alegría en el corazón* (Qo 5,17-19).

«Éstas son las generaciones...»

Aunque se definía a sí mismo como “agnóstico muy cercano al ateísmo”, mi amigo de la infancia había leído en numerosas ocasiones el libro del Génesis. No sólo los relatos que lo abren (creación, Adán y Eva, Caín y Abel, Diluvio, Babel), sino también la multitud de episodios que configuran la historia patriarcal (Gn 12-50), es decir, la historia de Abraham (Gn 12-25), de Jacob (Gn 25-35), de José (Gn 37-50).

A él, pues, le era muy conocida la fórmula que titula este apartado, y que se repite insistentemente en el primer libro de la Biblia. Es posible señalar que la “fórmula de las *toledot* (palabra hebrea que se puede traducir por generaciones, genealogías)” estructura el citado libro: *la función del sistema de toledot consiste en disponer el libro del Génesis en un prólogo (Gn 1,1-2,3) y en 10 partes de diversa extensión que emplean la citada fórmula*¹.

A él quizás no le era tan conocido un dato más, de marcado interés para nuestro trabajo: la conexión que presenta el primer libro de la Biblia entre las genealogías/generaciones y la bendición. Una conexión que guarda relación con la vida, la fecundidad y su transmisión, pues una de las dimensiones de la bendición bíblica está *asociada a la vida y a su desarrollo tanto en lo que se refiere a la cantidad como a la calidad y a la extensión*².

Por eso, y teniendo en cuenta todo lo anterior, es procedente recordar algunas afirmaciones de Claus Westermann en su comentario al libro del Génesis: *el efecto de la bendición aparece descrito en las genealogías... La bendición divina se hace efectiva en la sucesión del poder creativo de Dios, distinto claramente de la acción salvífica divina. La bendición tiene su efecto en el crecimiento, la expansión, la prosperidad y la fertilidad... Las genealogías no hablan de una acción especial de Dios... El poder de la bendición se muestra en sí mismo eficaz en el poderoso ritmo de las generaciones, que se sucede de manera continua en el tiempo*³.

Ahora bien, si importantes son los efectos de la bendición, importante es también no olvidar que ésta es una palabra divina que se comunica y que apunta en una dirección: la comunión que Yahveh quiere establecer con el que recibe la bendición. El origen de la bendición, de la comunicación, está en Dios, y en este sentido se puede afirmar que la bendición es una gracia⁴. Así pues, mediante la palabra de bendición, Dios se relaciona y se alía con el bendecido, es decir, Dios sale de sí en busca de – en el caso que nos ocupa (el libro del Génesis)- Adán, Abraham, Jacob, receptores de una bendición primera que se hace actual en diversos momentos de la existencia de las generaciones.

En definitiva, la conexión señalada subraya la relación que Dios establece con Sem, Ismael, Jacob, Esaú, etc., en un arco de tiempo muy amplio, en un sucederse el poderoso ritmo de las generaciones en el tiempo. Un Dios que es el responsable de que la línea genealógica siga adelante, de que la bendición prometida se suceda de generación en generación, expresando con ello la unidad y continuidad en el ser humano. Un Dios que es, sin embargo, trascendente: no forma parte de las genealogías, pues el Génesis no narra ninguna teogonía, sino que está por encima de todo tipo de relación *intragenealógica*⁵.

Por otra parte, y en relación con lo señalado precedentemente, las genealogías del Génesis ofrecen un elemento más que conviene tener en cuenta. La promesa de bendición ofrecida por Dios, válida para todas las generaciones que se suceden en el gran arco de tiempo que va desde la creación de los cielos y tierra (primer empleo de *toledot* en Gn 2,4) hasta las generaciones de Jacob (último uso de la citada fórmula en el libro del Génesis: Gn 37,2), está amenazada en numerosas ocasiones por dificultades de

¹ T. HIEKE, *Die Genealogien der Genesis* (Herders Biblische Studien 39), Freiburg im Breisgau 2003, 312, 346.

² A. WENIN, *L'humain face à l'animal. «Maîtrisez les animaux...» (Gn 1,28): Études 3965 (2002) 635-643*, esp.635-636.

³ C. WESTERMANN, *Genesis 1-11 (BK I/1)*, Neukirchen –Vluyn ⁴1999, 23-24, 471.

⁴ H.D. PREUB, *Teología del Antiguo Testamento I. Yahvé elige y obliga*, Bilbao 1999, 308-316.

⁵ T. HIEKE, *op. cit.*, pp.300-305, 349-350.

diverso tipo. Cuando esto ocurre, es el propio Dios el que interviene de forma puntual, en un momento concreto, y el que hace posible que las genealogías se sucedan y, por tanto, que la vida prometida por medio de la bendición se extienda, se desarrolle y alcance su plenitud. Gn 37-50, la historia de José, es un ejemplo ilustrativo: la discordia y el desacuerdo entre los hermanos y el hambre mortal que padecen los descendientes de Jacob ponen en peligro la transmisión de la bendición y la descendencia prometidas, que siguen su curso en el tiempo gracias a la intervención de Dios⁶.

Hechas estas observaciones, completamos este apartado con una indicación más. Hace ya algún tiempo, el insigne teólogo alemán Gerhard Von Rad escribió: *la fe de Israel se basa esencialmente en una teología de la historia. Tiene conciencia de hallarse cimentada sobre acontecimientos históricos... hechos en los que vio la mano operante de Yahveh. También los oráculos de los profetas hablan de acontecimientos históricos concretos*⁷. Por su parte, Ignacio Ellacuría, antes de ser brutalmente asesinado, escribió que *tanto los que se preguntan por el carácter histórico de los hechos salvíficos como los que lo hacen por el carácter salvífico de los hechos históricos aceptan sin mayores reservas que los grandes hechos salvíficos, reveladores y comunicadores de Dios, se han dado en la historia*⁸.

Pues bien, las referencias anteriormente mencionadas del libro del Génesis parecen apuntar en una dirección un tanto distinta. Así, más que hablar de las grandes gestas de Dios en la historia, de las grandes acciones que él realiza en ella, parece más procedente hablar de la relación de Dios con ese gran grupo de seres humanos que vive en crecimiento, en expansión; con esas generaciones que se suceden en un tiempo, que viven una vida anclada en la estabilidad y la continuidad y que están presentes en ese arco de tiempo amplio que forman todos esos momentos puntuales que con él guardan estrecha relación.

Naturalmente, no podemos olvidar la cercanía existente entre el tiempo y la historia. *La vida humana es tiempo, duración y acción, en memoria, libertad y espera... La estructura temporal de la vida humana implica el pasado, recogido en la memoria, el presente, acogido en el amor, y el futuro anticipado en la esperanza... Historia es lo que va haciendo el hombre con su tiempo en el mundo... La historia es la vida vivida, vivenciada, sufrida, gozada, y desde ahí reflexionada, conformada y proyectada hacia delante*⁹.

Con todo, pensamos que el matiz y el tono que ofrecen las referencias señaladas del libro del Génesis abren la puerta a considerar la importancia que se concede a comprender a Dios como el que se relaciona con un gigante grupo humano que vive en un *tiempo eterno* (eterno puede significar *que se prolonga mucho o excesivamente*), a un Dios que se da y vincula a unas generaciones que van a vivir a lo largo de muchas épocas distintas y que nos recuerdan precisamente que nuestra vida es tiempo, a un Dios que se entrega en una generación a todas las generaciones que van a venir.

Tiene sentido entonces recordar en este momento un dato bíblico de interés: la continuidad que se establece entre el *libro de las toledot* y el libro del Éxodo, que narra ante todo las gestas o acciones salvíficas de Dios en favor de su pueblo Israel

⁶ T. HIEKE, *op. cit.*, pp.211, 260.

⁷ G. von RAD, *Teología del Antiguo Testamento I* (BEBi 11), Salamanca 1982, 148-149. En otras muchas páginas de su libro pueden encontrarse afirmaciones similares.

⁸ I. ELLACURÍA, *Historicidad de la salvación cristiana*, en I. ELLACURÍA – J. SOBRINO (ed.), *Mysterium liberationis I*. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación, Madrid 1990, 323-372, esp.323.

⁹ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *El tiempo del hombre y la historia de Cristo. Reflexiones para una teología de la historia*: Salm. 51 (2004) 497-534, esp.497, 505, 515, 518.

(liberación de la esclavitud de Egipto, alianza en el Sinaí, etc.); una continuidad presente en Gn 46,27; Ex 1,5; 19,3; 24,11, y que resalta la relación entre el *Dios del tiempo* (Génesis) y el *Dios de la historia* (Éxodo)¹⁰.

“Todo tiene su tiempo”: el libro de Qohelet

Si las palabras que abren este artículo no le eran conocidas a mi buen amigo de la infancia, creo, en cambio, poder decir que no le eran desconocidas ni la frase entrecomillada del comienzo de este apartado ni alguna de las famosas sentencias del Eclesiastés, escrito probablemente en torno al año 200 a.C: *vanidad de vanidades, todo es vanidad / lo que fue, eso será, y lo que se hizo, eso se hará, pues nada hay nuevo bajo el sol*.

Es evidente que no es posible hacer en estos momentos un recorrido exhaustivo por el citado libro. Se cita únicamente una parte de Qo 3,1-15, que es soporte de las indicaciones que con posterioridad se van a desarrollar¹¹:

Todo tiene su tiempo y cada cosa su momento bajo el cielo: tiempo de nacer y tiempo de morir, tiempo de arrancar y tiempo de plantar... tiempo de callar y tiempo de hablar, tiempo de amar y tiempo de odiar, tiempo de guerra y tiempo de paz... He observado la tarea que Dios impone a los hombres para que se ocupen de ella. Todo lo hizo hermoso a su tiempo, e hizo reflexionar al hombre sobre la eternidad, pero el hombre no llegará a desentrañar totalmente la obra de Dios. Y comprendí que la única felicidad del hombre consiste en alegrarse y disfrutar de la vida, ya que también es don de Dios que el hombre coma, beba y disfrute de su trabajo.

En Qo 3,1-8 Qohelet presenta en un principio dos alternativas que, en realidad, marcan el tono de todo el resto de pares que se citan a continuación: el tiempo de generar o nacer y el tiempo de morir no están al alcance del ser humano, pues éste no es capaz de decidir sobre los momentos fundamentales de su vida. De inmediato, incide en las referencias temporales, subrayando que el hombre posee un conocimiento limitado de los tiempos y momentos oportunos para actuar, pues no puede disponer de ellos: al igual que en la naturaleza hay ritmos que, aunque el hombre puede conocer, escapan a su dominio y determinación (Qo 1,4-11), el hombre vive un tiempo y unos momentos cuya lógica y cuyo control escapan a sus manos.

Interesante es destacar cómo Qohelet, después de estas primeras reflexiones indicadas, presenta unas consideraciones teológicas, que parten de una observación sapiencial de carácter sumamente positivo (*he observado la tarea que Dios impone a los hombres...*): reflexionar sobre el sentido del tiempo y de la eternidad, buena tarea que Dios otorga a los seres humanos.

Así, Qo 3,11 presenta conjuntamente dos términos, *et / olam*, que en hebreo bíblico poseen un sentido temporal, y que se pueden traducir por tiempo y eternidad. El primero de ellos se utiliza repetidamente en el poema de Qo 3,1-8 (*todo tiene su tiempo*), y

¹⁰ T. HIEKE, *op. cit.*, pp.208-209.

¹¹ Tenemos en cuenta diversas consideraciones desarrolladas por T. KRÜGER, *Alles Nichts? Zur Theologie des Buches Qohelet*: ThZ 57 (2001) 184-195; M. MAUSSION, *Le mal, le bien et le jugement de Dieu dans le livre de Qohelet* (OBO 190), Fribourg – Göttingen 2003; L. MAZZINGHI, *Ho cercato e ho espolorato. Studio sul Qohelet*, Bologna 2001; L. SCHWIENHORST – SCHÖNBERGER, *Gefeierte Lebenszeit bei Kohelet*: JBTh 18 (2003) 133-167.

puede entenderse como momento individual o particular. El segundo, en cambio, se refiere al tiempo global.

Pues bien, lo que primeramente señala Qohelet es que Dios ha concedido a los hombres la posibilidad de conocer que existe una globalidad de los tiempos o momentos individuales, es decir, una lógica del tiempo que une cada acción humana. Sin embargo, añade, nunca alcanzarán a conocer todos sus secretos. De manera que existe una lógica que une cada acción humana, obra de Dios. Éste transmite al hombre dicha existencia y, al mismo tiempo, su incapacidad para comprenderla en plenitud, para comprender en su totalidad la obra de Dios.

Qohelet es consciente del deseo del hombre de comprender la actuación misteriosa de Dios, algo para lo que no está capacitado. De ahí que lo que quizás pretende Qo 3,1-15 es relativizar la percepción del hombre: lo problemático no es el actuar de Dios, sino más bien los límites del conocimiento del hombre.

Si el ser humano no puede comprender el misterio de la eternidad de Dios (globalidad de los momentos o lógica del tiempo), sí puede, en cambio, experimentar el tiempo como *et*, como momento oportuno particular; puede acoger y vivir los momentos puntuales (*et*), y experimentar de este modo el tiempo de Dios.

Así, según Qo 3,11, Dios ha hecho todo, y todo es bonito en su momento. Lo que el ser humano puede hacer es hacer cada cosa en el momento en que hay que hacerla: amar, cuando es tiempo de amar; callar cuando es tiempo de callar; hablar, cuando es tiempo de hablar. Y puede hacerlo, porque detrás de ello está la bondad creadora de Dios, el orden divino en la creación, que se expresa en el hecho de que ésta es ya de manera definitiva un lugar en el que pueden suceder acontecimientos y situaciones múltiples¹².

Junto a esto puede indicarse también que Qo 3,12-15 y Qo 5,17-19, especialmente estos últimos versículos, insisten en subrayar que la alegría y la posibilidad de experimentarla son fundamentalmente un don de Dios. Así, aunque el ser humano no puede comprender el misterio de la eternidad de Dios (sólo Él lo puede comprender), sí puede disfrutar y alegrarse en plenitud en momentos puntuales: comiendo, bebiendo, disfrutando de su trabajo. El ser humano es afortunado no porque Yahveh le concede bienes y posesiones, sino porque Yahveh le capacita para disfrutar en momentos concretos de dichos bienes, de dichos dones. Según el sabio predicador, el privilegio del ser humano está no en poseer un *modo del tener* (bienes, posesiones), sino en haber recibido de Dios un modo de experimentar en el tiempo los bienes que le son entregados. De ahí que Dios es tanto el que concede los dones como el que posibilita aprovechar y disfrutar de ellos en tiempos y momentos concretos.

Se puede pensar entonces que Qohelet se refiere a un Dios trascendente y cercano al mismo tiempo. Su trascendencia está marcada por el hecho de que sólo Él conoce el misterio de la globalidad de los tiempos, algo que aparece de manera especial en Qo 3,11. Sin embargo, los versículos siguientes subrayan esa cercanía de Dios en lo cotidiano, que ofrece al ser humano la posibilidad de disfrutar con alegría durante toda su vida, comiendo y bebiendo y disfrutando de su trabajo.

Por último, la afirmación de Qo 5,19 *no pensará mucho en la brevedad de su vida, si Dios le llena de alegría el corazón*, que sigue a las referencias a la alegría como don de Dios y como don para ser experimentado, presenta un paso más en el libro de Qohelet: se señala que el don de la alegría es algo parecido a la revelación divina. Como afirma Norbert Lohfink en referencia a dicho versículo, cuando el ser humano experimenta la

¹² Th Krüger, *Leben und Tod nach Kohelet und Paulus*: JBTh 19 (2004) 195-216, esp.213.

alegría, incluso si lo hace en un pequeño momento, llega a entrar en contacto con ese sentido de las cosas que normalmente sólo Dios ve (*olam*)¹³.

Así pues, y como conclusión a todo lo señalado en este apartado, Qohelet recuerda que sólo Dios es el dueño del tiempo y que sólo Dios se da a conocer, entra en relación con el ser humano mediante el tiempo. Un Dios que conecta con el ser humano, mostrándole que existe una eternidad (*olam*), que ciertamente le supera; pero se trata de una eternidad que une cada uno de los momentos que él conoce y disfruta en plenitud (*et*). Un Dios que, sin embargo, también se le muestra: se le manifiesta en el momento de la alegría, en el que puede llegar a conocer eso que sólo Dios conoce (*olam*).

¿Dios de la creación, Dios de la historia, Dios del tiempo?

Una genealogía marca fundamentalmente el paso del tiempo mediante una secuencia ordenada¹⁴. El Dios del Génesis es ante todo el Dios que promete una bendición futura a las generaciones o genealogías; es el que se relaciona con éstas en clave temporal. Dios promete vida y vida para muchas generaciones. Lo hace en el comienzo (*creced, multiplicaos... / Abraham, te bendeciré y engrandeceré tu nombre*) y lo actualiza en diversas ocasiones, especialmente en aquellos momentos en los que la bendición está más amenazada. Es Dios, pues, un Dios que se relaciona en los comienzos con una genealogía que va a vivir durante muchas generaciones, que va a vivir *eternamente*. Un Dios que se relaciona también y *aparece de nuevo*, cuando la muerte acecha y amenaza esa relación temporal y eterna que Dios ha establecido con los antepasados de Israel y con su propio pueblo (recordar la conexión entre Génesis y Éxodo).

Dios, dice el libro del Qohelet, hace posible que el ser humano no esté condenado a vivir una existencia triste, absurda, sin perspectiva, sin presente ni futuro. Es cierto que la vida no son sólo los momentos en los que éste puede disfrutar del trabajo, la comida, la bebida o la compañía de seres queridos (la existencia es *olam*); pero precisamente en esos momentos puede el ser humano comprender a Dios y entender su manifestación, ya que ellos son don de Dios al hombre. Utilizando referencias y terminología veterotestamentaria, la gloria de Dios, es decir, lo más espeso y condensado de Dios, se manifiesta en todos esos momentos en los que el ser humano puede recibir de Dios tanto dones vitales y bendiciones concretas como la posibilidad de disfrutar durante tiempos concretos de la vida y de sus placeres.

De manera que a Dios se le conoce no tanto porque se revela como creador y se muestra en la creación; tampoco porque se da a conocer mediante la sabiduría implantada en la creación; no principalmente porque trasparenta su ser a través de acontecimientos de la historia o porque se manifiesta por medio de su nombre. Dios se acerca al ser humano de las *toledot* o generaciones, al que promete una larga y fructuosa vida. Dios dirige una palabra de bendición a todas esas generaciones que se suceden en el tiempo, es decir, habla bien y engrandece —ése es el significado de bendecir— a todo un conjunto de generaciones que aun no han vivido ni existido; lo hace, porque su cercanía y su relación se expresan *ahora y por siempre*, es decir, en un momento concreto que precede a sucesivos momentos que contienen igualmente la vinculación ofrecida en el instante anterior, más o menos cercano en el tiempo. Dios se acerca, además, en intervalos concretos y puntuales, ofreciendo dones particulares para su gozo y disfrute. El hombre, afirma Qohelet, puede recibirlos de Dios, de donde proceden, y puede conocer a Dios precisamente en el disfrute de los citados momentos.

¹³ N. LOHFINK, *Qoheleth 5:17-19. Revelation by Joy*: CBQ 52 (1990) 625-635.

¹⁴ B.S. CHILDS, *Introduction to the Old Testament as Scripture*, London 1979, 152-153.

Pensar a Dios como el que se da a conocer y entra en relación con el ser humano en momentos particulares, que forman parte de un todo temporal, de una unidad en el tiempo eterno de la vida y de sus acontecimientos, puede facilitar a las personas un encuentro tranquilo, pausado y quizás más gratuito con ese *Dios del tiempo*. Su preocupación ya no tiene por qué ser buscar a Dios en tal o cual circunstancia, en este o aquel lugar; tampoco desesperarse, cuando la vida no refleje los cambios sociales que todos deseamos y que parece desear también el propio Dios, o cuando no se responda en entera fidelidad a Dios en una circunstancia determinada. Ése ser humano puede anclar quizás su existencia en otra clave distinta: en esa espiritualidad de la espera, que le prepara para vivir saliendo a esperar al Dios que concede bendición y dones, y cuyas características presentan los artículos que siguen a continuación. Y hacerlo con la misma gratuidad, capacidad de sorpresa, generosidad y deseo profundo (“a ver si llega hoy”) con que lo hacían antaño las madres de algunas zonas rurales, cuando salían a esperar a la parada del autobús a sus hijos, a esos hijos que vivían fuera de casa. Estoy seguro de que a mi buen amigo de la infancia, que ha cultivado también en su vida personal y laboral muchas características de una “vida en espera”, no le importará romper alguna de sus resistencias religiosas más feroces y más ancladas en su interior y abrirse a este Dios del tiempo y la eternidad, a quien uno tiene únicamente que... esperar.